

Memoria breve de los versos

*“Les souvenirs sont cors de chasse.
Dont meurt le bruit parmi le vent”.*

APOLLINAIRE

Antes de leer a Rilke ya sabía yo, que los versos no se escriben con palabras sino con experiencias. De ahí lo personal, lo íntimo, lo circunstancial y anecdótico, cuando el poeta (o “soi-dissant”), habla de su obra y por que no escribe ahora “Memorias de la Poesía”, que sería presuntuoso, sino, apenas, “Memoria Breve de los Versos”.

Que la biografía, y la apología naturalmente, de la obra propia la escriban otros; especialistas de la poesía y profesionales del genio. Yo no. Soy, y no quiero ser otra cosa, un hombre solitario, y errante, a veces, que tuvo, y tiene, por la poesía, un amor secreto. Ni rapsoda, ni bardo, ni lírida, ni vate; casi ni poeta. Y, desde luego, ni cósmico, ni onírico, ni telúrico, y sin mensaje. Hombre evadido al través de la poesía; navegante, y caminante, desde la adolescencia jubilosa, por esa, y otras, tierras y mares, incógnitos. Y envuelto siempre en su soledad como una capa de niebla. Sin mover, como otros, y tantos, desde un trono de planetas, las manivelas del universo; ni con la ternura desbordada; ni chambelán de reinas; ni agente viajero de relojes líricos; ni juglar “dicitore” en la corte de magnates y prebendados. Sólo la poesía, recinto almenado en los hoscos inviernos, o guarida para el amor, y su paso de garra. Y, siempre, barco, tren, o navío del aire, para el irremisible itinerario de fuga. Que debe ser el nombre de mis versos, si hay alguien (la blanca, y suave, y amorosa mano) que los guarde un día. Itinerario de fuga; escape, evasión, huída; el viaje siempre para alguna parte, sin más propósito que el de que sea otra de donde estoy; y hasta “any place out the world”. Y emigrar de mi mismo.

Hablar de mi poesía; contar su historia. ¿No es ella como las mujeres felices, que no saben decir su historia? Y contarla, hablarla, decirla, es como hablar, contar y decir, de una mujer amante, a quien, solo las palabras, casi decir su nombre, vulnera y estremece. Y más cuando la poesía ha sido eso, y casi nada más que eso, experiencias, con nombres de mujer; y de ciudades, y de puertos, y de mares de sol y bruma; y solitarias islas. O rama estremecida un instante:

*“Llegas. Y pasas. Y rueda
en raudo giro tu traje;
sensación de vuelo y viaje
al límite de tu vida.
Pasas. El ave en huída
deja temblando el ramaje”.*

Y lo que era, y es, para mí la poesía, y su milagro:

*“Cómo arde la llama y quema,
sin saber cómo, ni cuando
como se nos va entregando
la eternidad del poema.
Tránsito en noche suprema,
oscuro y remoto instante,
en que la luz vacilante,
se hace piedra, firme y pura,
y hiere el alma su dura
serenidad de diamante”.*

Y ya no debía escribir más, para decir el nacimiento, y la muerte, de los versos.

No es una casualidad —y aquí comienza la primera imagen del tiempo— que mi primer libro de poemas se llame “Itinerario de Fuga”. En 1934, cuando Juan Lozano y Lozano quiso editarlo, con versos escritos de los 17 a los 30 años, ya sabía yo que nombre darle. Y lo que el nombre significaba para mí, para la historia íntima de mi poesía. De niño mi héroe favorito había sido Phileas Fog. Más tarde, el mejor instante del día, el de la despedida entre la niebla.

En la primera página de “Itinerario de Fuga” puse el envío de Stendhal que leía, desde los veinte años, todas las noches;

y sigo leyendo todavía: "To the happy few". Y después una "explicación", que volvería a escribir hoy.

"En una sucesión de procedimientos literarios —dije entonces— los cuatro planos iniciales de este libro han debido imprimirse, hace diez años. Su trayectoria es hoy para mí una aventura en busca del tiempo perdido. Cronológicamente, en un propósito de unidad intelectual, estas páginas llegan exactas, y cierran un círculo de exploración sobre el conjunto de la obra. Son el itinerario reflexivo, continuo y personal, de la evolución íntima; distante de escuelas y actitudes. El sentido de la continuidad está intacto en las doscientas páginas del libro; síntesis transitoria de una labor literaria, indiferente siempre a los estímulos de la publicidad, a la peripecia romántica, a la incitación de lo actual y de lo oportuno. Abomino de los poemas espontáneos, vanidosos y ligeros, que no están precedidos de la cristalización intelectual, del estudio minucioso, del trabajo en acto de posesión y disciplina. En los mil y un caminos del mundo, que trajiné solitario y libre, cerré este círculo de violencia espiritual, de orgullo casi ascético, de aislamiento continuo y perdurable, para trazar mi línea de evasión, fuera de la órbita cotidiana. Ardua labor, poesía estricta, lejos de "el sonoro laurel", de los besamanos galantes, del satanismo fin de siglo, y de las "vidas literarias", sin lealtad de inspiración, ni inteligencia". Esto escribía yo (hélas!) en 1934. Y ahora lo mismo

Hay en "Itinerario de Fuga" poemas de 1918; los diez y siete años; el siglo, y yo somos compañeros de viaje. Las primeras cien páginas del libro las escribí mucho antes, del mayorazgo. Y entre ellas, los tres sonetos desolados de "Elegía del Adiós". Al día siguiente de escribirlos, y después de dejarlos en manos de Eduardo Castillo, conocí el primer tren solitario: ligero de alma y de equipaje. ("Souvenir, souvenir, que me veuxtú?"). Y después de las aguas sombrías del río de la patria, el mar de oro y azul; y New York, el 21 de noviembre de 1918; once días antes se había firmado el armisticio de la primera guerra. Atrás quedaba la universidad; y el claro de luna romántica. El mundo era grande. Y mío. U.S.A. en el 18, en el 19, en el 20. Los soldados y los marinos volvían de Europa —donde habían peleado como los yanquis saben hacerlo cuando quieren— y regresaban al alcohol clandestino de Broadway. Las mujeres se recortaban el cabello y la falda. Nacía la gran literatura saxoamericana. Un

mundo nuevo engendrado en cuatro años, entre la sangre y el lodo de las trincheras. Ese fue nuestro tiempo; comenzaba el siglo XX. Yo no lograba cumplir los 20 años.

Ya vivía con la edad postdatada.

Esa fue mi generación, como dirían muchos años después. Una generación de iberoamericanos desarraigados, aprendices, de escritores, que no habíamos ido a la guerra. Y esa circunstancia, pesaría sobre nosotros definitivamente. No es este el lugar para explicarlo. Eramos, por eso, subalternos, en la vida, y en la literatura, de los escritores europeos, y saxoamericanos contemporáneos nuestros, que vivieron con su uniforme de tierra, y sus barbas tempranas de adolescentes, en la colina de Verdun, y en el Argona. En el New York de 1918, la literatura, y el amor, nos recibían como desertores de una irremisible obligación humana.

No teníamos historias para contar, entre el vaso de alcohol furtivo, y la sonrisa ávida de las mujeres. Puede que estas cosas no las entiendan las gentes. Pero sobre los escritores de hoy, en Iberoamérica, gravita también la ausencia de la segunda guerra, la del año 40. Sólo que nosotros los del año 20, preferimos callar. Y no nos disfrazamos de héroes, ni de soldados de la libertad. Vivimos indiferentes, desdeñosos, y ausentes de muchas cosas. Y buscamos, con La Fontaine, "el riesgo", el amor, los libros, la música". Y el viaje.

De esa situación espiritual nació, entre otras cosas, la poesía iberoamericana del año 20 al 30. Con su fe de erratas que nadie ha escrito. Pero que está todavía en el almanaque; esperando quien la reemplace. No. No es esta la biografía del tiempo perdido. Ni la interpretación de una época y de sus hombres. Es apenas la memoria rauda de los versos, y hay que cerrar paréntesis. Y abreviar.

Era la "década de la ilusión". Los años 20; también en la poesía, el tiempo de los bares, los "dancings", y los aeroplanos, (no se decía entonces, ni avión, ni "night club"). El declive de la primera postguerra. En la etapa del cosmopolitismo, cuando el escritor abandonó la mesa de trabajo y la biblioteca, y compró una "Remington" portátil, y un billete de ferrocarril, o un pasaje de barco. Todos, hasta 1930, hicimos el viaje, y escribimos en el expreso nocturno, en el camarote de zinc, o en las agen-

cias de Cook, entre maletas de cuero y mantas escocesas. De entonces son “Elogio de las Pielas”, “Rito de Primavera”, etc., etc., etc.

El deslumbramiento:

*“Tu paso un cadencioso
ritmo de gracia mueve:
alto el cuello armonioso,
el seno firme y breve
y el cabello glorioso
sobre la pura nieve
del flanco melodioso”.*

No era todavía la noche de los licores secos. Pero sí la presentación de la muerte, y su tarjeta de orla negra, junto al cuerpo del amigo, muerto, “súbita mors”, en la madrugada de nieve, de un disparo perfecto, en el apartamento de Greenwich Village:

*“Buil then the ship of death, for you must take
the longest journey, to oblivion”.*

Y otra vez el itinerario de fuga.

Bogotá, las campanas de la Candelaria; la amistad; el diálogo; y los libros; y lo demás:

*“Celestina de las horas
rondaba por las callejas.
Faroles de mecha gris
sangraban su llama incierta.
Un palomar de campanas
se despertaba en la iglesia.
La soledad se vestía
devota, su saya negra,
y golpeaban los ecos
sobre los muros de piedra”.*

Ni vagar; ni divagar. Estas páginas tienen tema, y dimensiones obligados. Y no puedo escribirlas en “tempo lento”. Pero resulta difícil, en notas tan esquemáticas, decir lo que fue, y lo que es, y es posible, lo que será mi poesía, en casi medio siglo de vida bien vivida. Naturalmente no la teoría —que también

la hay— sino la práctica de la poesía. Lo demás será para otro examen de conciencia.

Por esos años —1926—, los versos fueron para mí una aventura geográfica; y se guían por la rosa de los vientos.

Es el viaje sentimental por los mares y las tierras australes; la punta del sur, hasta cerrar, Atlántico arriba, la curva del trópico. Había que escribir un poema en cada puerto; y llevar el diario de a bordo en verso. De entonces es “Nocturno del Adiós”.

*“El alba azul rayaba los cristales nocturnos.
Ululaba el oscuro vendaval de los trenes.
Mis ojos alcanzaban presurosos navíos
que dejaban la noche de fantásticos muelles”.*

Es ya una nueva manera de sentir la poesía; el cambio insólito de motivo y modo; la vida, y su lúcida crueldad iban completando la obra; y ya sabía yo que el hastío no está en ninguna parte distinta de nosotros mismos.

Llegó después Vera Marloff, “llena de fuga y de marina azul”.

Y escribí, en Cuba, buena parte de los romances.

La política, y su largo y horrible intermedio, y la parálisis de la poesía. Hasta 1942, cuando llegué a “Nocturno del Libertador” y “Cuando yo digo Francia”. Dos poemas en que hay algo más que el trabajo lírico. Está subyacente, en ellos, un sentido, una norma, y casi una filosofía de la vida. Y el tema de la soledad, de la evasión, constantes en mi obra, magnificados en el Libertador. Y lo que hay en Francia de lucidez intelectual, y de medida:

*“Ella tiene el sentido de la recta medida
y el don de la perfecta claridad de la gracia:
la tranquila cadencia del dolor y del goce,
regidos por la misma sonrisa iluminada”.*

Después “Décimas de Luz y Yelo”, que editó Plinio Mendoza Neira, y que fueron la reacción de extrema contra lo que Aragón llama “el peine roto del verso libre”; y “El Caballero de la Mano al Pecho”, estampa desgarrada de la derrota que todos sentimos al cumplir los cuarenta y cinco años.

1946 —apresurémonos—, Lisboa, Madrid; París, visto otra vez. Europa. Y, ya serenada el agua, Estoril, en invierno, castillo de brumas y vientos. En verano, arena y sol. Siempre, altos, agudos, serenos, los pinos milenarios. La “Casa dos Arri-fes” con su bosque que llegaba hasta el mar. Las estancias de altos techos, y de muebles antiguos. Un reloj, de la época de don Juan V, cantaba la hora. En el bosque, el amanecer, los pá-jaros de Cintra. Sonaba el agua en las acequias; y bajaban de la sierra los gitanos, con los carros de frutas, y los botijos de vino.

Entonces escribí “Diario de Estoril”, mientras ardía en la chimenea la leña de olivo; y se doraban al fuego las cabelleras de hojas secas, de rojo castaño, de ébano casi azul, de las muje-res de la guerra, refugiadas en Portugal. No pensé publicar ese libro nunca. Pero alguien esperaba vigilante, y las hojas olvida-das se iban escondiendo en la cubierta de piel azul.

Hasta que una noche, la voz, lenta, y profunda, voz de mu-jer de muchas razas, me reveló la armonía descarnada de esos poemas. El libro, en que caen tantas hojas secas, fue publicado por Gonzalo Losada en Buenos Aires, con la estupenda innova-ción de quitarle las fechas, y dejarlo como caminante sin bastón.

Esta es la vida privada de los versos; la anécdota de la poesía; su breve, y rauda memoria. No hay poesía, sin anécdota, y sin circunstancias. Nada más lánguido que la teoría de Ortega del arte sin nervios; deshumanizado, y exangüe. “La poesía tie-ne en las circunstancias su fuerza, su nacimiento, y su prolonga-ción”, escribe Louis Aragón. No hay que decir lo que hicieron los otros; sino lo que hicimos nosotros mismos. Ni ser el reflejo del acto, sino el acto. La poesía como dominio; no como sistema. Y hecha, menos de exceso, que de despojo.

En los últimos años, los versos son para mí intermitentes, coloquiales, e inmediatos. Ni oratoria; ni proclamatoria; sobria y enjuta poesía. Helada y seca, como el champaña con clase. Y sin autoridades poéticas. El cambio de poderes líricos es siem-pre un golpe de estado.

“Tres veces en mi vida, dice Juan Ramón Jiménez (a quien sus íntimos póstumos llaman “Juan Ramón”), cada quince años aproximadamente (a mis 19, a mis 33, a mis 49) he salido de

mi costumbre lírica conseguida a explorar con ánimo libre el universo poético. Luego, las tres veces, he vuelto, más convencido cada vez, del movimiento al éxtasis; a la paz, a la medida, al orden”.

Fina observación, y consejo.

—Pero, ¿qué ha sido para mí la poesía?

—Todo.

—Nada.